

## EL MATRIMONIO EN LA NACIÓN COMANCHE

Vidal RIVERA SABATÉS

Departamento de Derecho Civil  
Facultad de Derecho de la UCM  
*vrivera@der.ucm.es*

Los altivos y cobrizos comanches, que se autodenominaban *nermer-nub*<sup>1</sup> (lo que en su idioma, un dialecto del shoshone, significa «el pueblo», «la gente»), procedían de las montañas del actual Wyoming, al norte del origen del río Arkansas, y eran descendientes de los primitivos cazadores que, en sucesivas oleadas migratorias ocurridas entre 11.000 y 5.000 a. C., dieron el salto de Asia a América.

Son los comanches un grupo de lengua uto-azteca que, en los albores del siglo XVI, se extendía por una amplia superficie de terreno que comprendía desde el norte de las Grandes Llanuras hasta el sur de la meseta de Columbia, alcanzando el interior de la porción central de Norteamérica. A principios del segundo milenio, una considerable cantidad de uto-azteca parlantes emprendió rumbo al sur desde un sitio al que llamaban Aztlán (conocido por los españoles como Teguayo), ubicado en un lugar ignoto de los desiertos de la Gran Cuenca o del sudoeste. Dejaron atrás las Rocosas y la Sierra Madre, y se adentraron en el Valle de México, desde donde forjaron el colosal imperio azteca<sup>2</sup>.

Al tiempo que los antepasados de los aztecas se desplazaban hacia el sur, otra rama uto-azteca, el pueblo numic (encabezado por los shoshones)<sup>3</sup>, abandonaba su hogar del sur de Sierra Nevada y avanzaba hacia el este y el norte. Alrededor del año 1500, dicho colectivo controla-

---

<sup>1</sup> O sus variantes gráficas, como *numinu* o *numunu*. Cfr. Ch. C. MANN, 1491. *Una nueva historia de las Américas antes de Colón*, trad. de M. Martínez-Lage y F. Corriente, Madrid, Taurus, 2006, p. 155, y S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto. Auge y caída de los comanches*, trad. de V. V. Úbeda, 1.ª ed., Madrid, Turner, 2011, p. 46. Véase igualmente L. J. ZIMMERMAN, *Los indios americanos. Las primeras naciones. Vida y mitología de los indios norteamericanos*, trad. de C. de la Cerda Caraballo, Madrid, Jaguar, 2013, p. 136.

<sup>2</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, trad. de R. García Pérez, 1.ª ed., Barcelona, Península, 2013, p. 39.

<sup>3</sup> Dado que tales indios vivían a lo largo de las riberas del ondulante río Snake se les suele llamar también *snakes* (serpientes). Véase O. O. HOWARD, *Famosos jefes indios que he conocido*, trad. de A. Jordá, Madrid, Hiperión, 1997, p. 233.

ba buena parte del sur de la meseta de Columbia, el este de la Gran Cuenca y la zona central y septentrional de las Rocosas<sup>4</sup>.

En las postrimerías del siglo XVII, los shoshones se dividieron de súbito en dos facciones y escaparon de las llanuras centrales. Atraídos acaso por la muy nutrida población de cíbolos (o bisontes)<sup>5</sup> del norte del valle de Yellowstone, la gran mayoría de ellos emigró a las planicies septentrionales<sup>6</sup>, donde se vieron abocados a pelear con los pies negros y los *gros ventre*. En cambio, un reducido contingente de shoshones se dirigió al Mediodía y desapareció durante varios años —conforme resume Hämäläinen—<sup>7</sup> de los registros arqueológicos. Estos indios, a quienes se les había perdido el rastro, reaparecieron en los inicios del siglo XVIII en los documentos españoles con el nombre de comanches, una más de las tribus indígenas que moraban en las cercanías de los territorios fronterizos de Nuevo México<sup>8</sup>.

La primera referencia escrita a los comanches data de julio de 1706, cuando el sargento español Juan de Ulibarri, que marchaba hacia el norte de Nuevo México en pos de conversiones entre los indios pueblo<sup>9</sup>, dio

<sup>4</sup> Véanse D. RHODE y D. B. MADSEN, «Where Are We?», en D. B. MADSEN y D. RHODE (eds.), *Across the West: Human Population Movement and the Expansion of the Numa*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1994, pp. 213-219, y A. B. KEHOE, *America before European Invasions*, London, Longman, 2002, pp. 125-127 y 131.

<sup>5</sup> O, según los españoles, «vacas corcovadas». Véase, por ejemplo, F. LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia general de las Indias*, Barcelona, Red, 2012, caps. CCXIII y CCXIV, pp. 378-379. Cfr. también J. P. MARTÍN MUÑOZ, «Las vacas jorobadas» (el bisonte y su cultura en las fronteras españolas de Norteamérica), *Huelva en su Historia*, segunda época, vol. 11 (2004), p. 119.

A. NÚÑEZ CABEZA DE VACA (*Naufragios*, Madrid, Ediciones SM, 2000, cap. XVIII, p. 86) explica que estas vacas poseen «los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia [tejido basto de lana]; unas son pardillas y otras negras, y a mí parecer tienen mejor y más gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas». Léase asimismo, sobre esta cuestión, J. F. MAURA, *El gran burlador de América: Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, 2.ª ed., Madrid, Publicaciones de Parnaseo, 2011, pp. 49 y 50.

<sup>6</sup> Véanse T. BINNEMA, *Common and Contested Ground: a Human and Environmental History of the Northwestern Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 2001, pp. 88-94, y W. H. ROLLINGS, *The Comanche (Indians of North America)*, New York, Chelsea House Publishers, 2009, pp. 4 y ss.

<sup>7</sup> P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 41.

<sup>8</sup> Cfr. E. K. FLAGLER, «Comercio y ferias de trueque: España y los indios de Nuevo México», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 37, núm. 1 (2007), p. 52. Véase también B. HAMNETT, *Historia de México*, trad. de C. Martínez Gimeno, 1.ª ed., Madrid, Cambridge University Press, 2001, p. 125.

<sup>9</sup> Cfr. «Diary of Juan de Ulibarri to El Cuartejejo, 1706», en A. B. THOMAS (ed. y trad.), *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727*, Norman, University of Oklahoma Press, 1935, p. 61. Véase también S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 57.

cuenta de que los comanches, en colaboración con los utes, se aprestaban a lanzar una ofensiva contra la localidad de Taos<sup>10</sup>. Con posterioridad, el propio Ulibarri oyó relatos de otros ataques perpetrados por tales comanches<sup>11</sup>. El hombre blanco empezó así a saber de esos indios que recibían tantos apelativos. En particular, los utes les apodaban *kob-mats*, en ocasiones transcrito como *komantcia*, palabra que significaba «el que siempre se me oponente». Las autoridades de Nuevo México tradujeron esa voz de diversas maneras («cumanche», «comanche», etc.), mas la que acabó por imponerse fue «comanche»<sup>12</sup>.

En los comienzos del siglo XIX existían, según los historiadores, cinco —no tres, como estimaban los españoles—<sup>13</sup> grandes bandas de comanches<sup>14</sup> (cifra elevada a ocho en 1860 por Robert Neighbors, un agente federal encargado de las relaciones con los indios)<sup>15</sup>: 1) la más septentrional de ellas, los *yamparikas*<sup>16</sup> («comedores de raíces» o «consumidores de yampa»<sup>17</sup>), que se asentaban en las tierras del sur del río Arkansas; 2) los *kotsotekas* («comedores de bisontes»), que se movían, por lo general, dentro del valle del río Canadian (hoy Oklahoma) y de la franja norte de Texas; 3) los *penatekas* («comedores de miel»), también llamados *teyuwit* («hospitalarios») o *tekapwai* («sin comer»)<sup>18</sup>, la banda más numerosa y meridional, cuyos dominios llegaban hasta el Texas profundo; 4) los *noko-*

<sup>10</sup> No obstante, el ataque no se llevó a cabo y el informe se olvidó con rapidez. Cfr., al respecto, P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 38.

<sup>11</sup> Véase Th. W. KAVANAGH, *The Comanches: A History, 1706-1875*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1996, p. 63.

<sup>12</sup> Cfr. M. K. OPLER, «The origins of Comanche and Ute», *American Anthropologist*, núm. 45 (1943), p. 156. Véase, asimismo, F. MARTÍNEZ LAÍNEZ y C. CANALES TORRES, *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, Madrid, Edaf, 2009, p. 228.

<sup>13</sup> Que observaban el universo indígena desde el extremo más occidental de la Comanchería. Quizá sólo habían trabado contacto con tres de dichas bandas. En idéntica línea, HÄMÄLÄINEN (*El imperio comanche*, op. cit., p. 157) subraya que «hasta mediados del siglo XVIII, los tres subgrupos comanches originales (*yamparika*, *jupe* y *kotsoteka*) compartían unas tierras relativamente pequeñas en las llanuras occidentales situadas entre los ríos Arkansas y Rojo».

<sup>14</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 77.

<sup>15</sup> Otros estudiosos contaron hasta trece bandas, algunas de las cuales terminaron por desaparecer: se integraron en otras o fueron exterminadas. Véase E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches: Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1952, p. 25.

<sup>16</sup> O *ditsakana*. Véase P. R. CLARK, *Tribal Names of the Americas. Spelling Variants and Alternative Forms, Cross-Referenced*, Jefferson, McFarland & Company, 2009, p. 291.

<sup>17</sup> La yampa (*Perideridia gairdneri* L.) es una planta de la familia de las umbelíferas.

<sup>18</sup> O *kubaratpat* («escaladores de lo escarpado»), o *penane* («avispas» o «aguijones rápidos»), es decir, «asaltantes»), o *bois* o *jupes* («gente de la madera»). Cfr. E. WALLACE y

nis<sup>19</sup> («errantes»), una suerte de comanches «intermedios» que merodeaban por el norte de Texas y la actual Oklahoma, entre los *penatekas* y las bandas septentrionales; 5) los *quabadis*<sup>20</sup> («antílopes»<sup>21</sup> o bien «comedores de berrendo»<sup>22</sup>), la banda del astuto mestizo Quanah Parker, que vagaba por las cabeceras de los ríos Colorado, Brazos y Rojo, en el confín noroeste de Texas. De las cinco aludidas, esta última era la banda más aguerrida, feroz e intransigente de todo el continente<sup>23</sup>, y fueron los únicos nativos norteamericanos que jamás firmaron un tratado de paz. Se mostraban tan esquivos que en las etnografías indias no se les menciona hasta 1872<sup>24</sup>.

Carecían los comanches, en tanto tribu, de un gobierno centralizado. Las estructuras políticas no obedecían a ninguna jerarquía, ni siquiera en el ámbito de las bandas, donde el margen de acción de los jefes estaba restringido<sup>25</sup>. Cada banda era regida por dos jefes principales (uno, de paz o civil; otro, de carácter militar), a los que se les asignaban cometidos distintos.

El jefe civil (*paraibo*) era, básicamente, un oficial de acantonamiento. Adoptaba la decisión de levantar el campamento y decidía el camino que tomaría la tribu<sup>26</sup>. Presidía una asamblea que emitía sentencia en los procesos de robo, adulterio, asesinato u otros delitos, mas no existía un corpus

---

E. A. HOEBEL, *The Comanches...*, op. cit., p. 25, y W. H. ROLLINGS, *The Comanche...*, op. cit., p. 13.

En la década de 1820 unos inmigrantes comanches adquirieron una identidad nueva como *tenewa* («los que viven río abajo») y cimentaron una organización política diferenciada en el curso medio del río Rojo, donde se unieron a los comanches *kotsoteka* del este en el comercio con los norteamericanos. Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., pp. 222-223, y G. C. ANDERSON, *The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 256-257.

<sup>19</sup> O *detsanayuka*. Cfr. P. R. CLARK, *Tribal Names of the Americas...*, op. cit., p. 167.

<sup>20</sup> A juicio de G. DOVAL, *Breve historia de los indios norteamericanos*, Madrid, Nowtilus, 2009, p. 224, *quabadis* o *kwabadis* significa «sombra en la espalda», porque «cuando cabalgaban se protegían del sol con sombrillas hechas con piel de búfalo».

<sup>21</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 77.

<sup>22</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 448. El berrendo es, dice el *DRAE*, un «mamífero rumiante que habita en los Estados del norte de México. Tiene de color castaño la parte superior del cuerpo, el vientre blanco, lo mismo que la cola, y es semejante al ciervo en lo esbelto, en la clase de pelo, con una cornamenta encorvada y hacia atrás». Puede consultarse en <http://lema.rae.es/drae/?val=berrendo>.

<sup>23</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 18.

<sup>24</sup> Cfr. Th. W. KAVANAGH, *The Comanches: A History...*, op. cit., p. 3.

<sup>25</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 78.

<sup>26</sup> Cfr. W. S. NYE, *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969, p. 7.

definido de leyes tradicionales ni había policías ni jueces o magistrados. Se trataba, a todas luces, de un sistema de ley privada. Cuando se agraviaba a alguien, al perjudicado le cabía entablar un litigio para que se castigase el mal comportamiento, castigo que solía traducirse en una indemnización abonable en caballos<sup>27</sup>.

La jefatura militar la ostentaba, en cambio, un afamado luchador. Los jefes guerreros (*mabimiana paraibos*) asumían dicha condición —sintetiza Gwynne— «porque tenían buena mano para reclutar partidas de guerra, lideraban las misiones de combate más importantes y dirigían las expediciones más trascendentales contra enemigos poderosos»<sup>28</sup>. Pero no coartaban las iniciativas bélicas individuales de cada jinete<sup>29</sup>. Bajo el mando de uno de estos jefes castrenses, los grupos de asalto (compuestos a veces por centenares de hombres y mujeres) operaban como entidades autónomas, con su propio calendario de ataques<sup>30</sup>.

Los comanches, como los demás pieles rojas de las llanuras, sentían la imperiosa necesidad de cazar bisontes; de ellos obtenían lo imprescindible para su subsistencia. No en vano, este animal herbívoro de cuernos poco desarrollados constituía su alimento preferido, cuyos filetes comían asados o hervidos en recipientes de cobre<sup>31</sup>, amén de degustar sus riñones y estómago<sup>32</sup>. Con la piel del bóvido salvaje las mujeres de la tribu<sup>33</sup> confeccionaban los tipis<sup>34</sup>, con su estiércol seco fabricaban combustible, con la piel de la panza elaboraban odres para transportar el agua, del áspero pelo trenzado sacaban cuerdas y con sus huesos preparaban herramientas y aperos. También lograban, gracias al bisonte, ropa (pantalones, mocasines y mantos de piel curtida), arreos para las monturas (bridas, cinchas y sillas hechas de cuero) y armas (gruesos escudos

<sup>27</sup> Véase R. N. RICHARDSON, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Austin, Eakin Press, 1996, p. 10.

<sup>28</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 79.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> Véase J. F. RUIZ, en J. C. EWERS (ed.), *Report on Indian Tribes of Texas in 1828*, New Haven, Yale University Press, 1972, pp. 9-10.

<sup>31</sup> Cuando los guerreros estaban viajando y les faltaba el agua podían beber la sangre caliente de los bisontes directamente de sus venas. Véase C. SMITH, *The Boy Captives; Being the True Story of the Experiences and Hardships of Clinton L. and Jeff D. Smith*, San Antonio, Cenveo, 2005, pp. 69 y ss.

<sup>32</sup> Eso sí, nunca se comían su corazón.

<sup>33</sup> Todas las actividades relacionadas con los bisontes, a excepción de su persecución y caza, se les encomendaban a las mujeres.

<sup>34</sup> Véanse T. J. FARNHAM, *Travels in the Great Western Prairies: the Anahuac and Rocky Mountains and in the Oregon Territory*, vol. I, London, Richard Bentley, 1843, p. 156, y I. FRAZIER, *Great Plains*, New York, Picador USA, 2001, pp. 48, 49 o 148.

redondos<sup>35</sup> que desviaban las balas, garrotes y cuerdas de arco tejidas con tendones)<sup>36</sup>.

Los comanches creían a pie juntillas, cual constató el coronel Richard Irving Dodge, que los bisontes nacían, en número infinito, en un país subterráneo. Cada primavera, mediante unas aberturas similares a cuevas localizadas en algún punto de «El Llano Estacado» (*Staked Plain*) de Texas, salían a la superficie los excedentes de la inmensa manada «como las abejas de una colmena»<sup>37</sup>. Ese «Llano Estacado» (bautizado así por Francisco Vázquez de Coronado) no era sino un altiplano, más extenso que Nueva Inglaterra, cuya cota máxima ascendía a mil quinientos metros. El río Canadian, al que los exploradores españoles denominaban Buenaventura o Magdalena, suponía su límite septentrional. Al este se erguía la escarpadura de Caprock, un enhiesto muro de origen pérmico y de entre treinta y trescientos metros de alto que marcaba la frontera entre las llanuras altas y las bajas, y que ofrecía a la tribu *quahadi* una descomunal fortaleza natural, casi inexpugnable<sup>38</sup>.

En ausencia de la carne de bisonte —ora fresca, ora pulverizada con bayas secas y grasas (*penmican*)—, los comanches comían tortugas de tierra (las arrojaban vivas a la lumbre y separaban la carne del caparazón con una cuchara de hueso)<sup>39</sup>, perrillos de las praderas, colas de castores, osos y hasta caballos si era menester. Por el contrario, nunca ingerían peces ni aves, salvo que estuviesen al borde de morir por inanición.

Se ignora el momento exacto —y el modo— en que las bandas de comanches del este de Wyoming tuvieron el primer contacto con el caballo, pero quizá fuese a mitad del siglo xvii<sup>40</sup>. Visto que los pawnees, asentados en la región hogaño conocida como Nebraska, ya jineteaban en el año 1680, es más que probable que los comanches hicieran otro tanto por esas fechas<sup>41</sup>.

<sup>35</sup> De doble capa de correosa piel de cuello de bisonte endurecida al fuego, con relleno de papel. Cfr. D. MARSHALL, *A Cry Unheard: The Story of Indian Attacks in and around Parker County, Texas, 1858-1872*, Texas, Annetta Valley Farm Press, 1990, p. 35, y J. E. HALEY, *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, Norman, University of Oklahoma Press, 1936, p. 53.

<sup>36</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, pp. 74-75.

<sup>37</sup> Cfr. R. I. DODGE, *Our Wild Indians: Thirty-three Years' Personal Experience among the Red Men of The Great West*, Hartford, A. D. Worthington and Company, 1883, p. 286.

<sup>38</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, pp. 17-18.

<sup>39</sup> Cfr. C. SMITH, *The Boy Captives...*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>40</sup> No hubo un solo caballo en el continente hasta que los españoles los introdujeron en el siglo xvi. La primera yeguada auténtica arribó al actual territorio estadounidense en 1598, con la expedición a Nuevo México de Juan de Oñate, que llevó con él setecientos équidos. Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, p. 49.

<sup>41</sup> Cfr. J. DIAMOND, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últi-*

De cualquier forma, los comanches se adaptaron al caballo antes que los restantes indios de las Grandes Planicies, convirtiéndose sin duda en la tribu ecuestre norteamericana por excelencia. En palabras del pintor George Catlín, los *nermernub* son de bastante baja estatura y corpulentos, desgarrados y de aspecto desaliñado. Sin embargo, «en cuanto montan a caballo, parecen al instante metamorfosearse y sorprenden al espectador con la facilidad y elegancia de sus movimientos»<sup>42</sup>.

Los comanches, junto con los kiowas, sus usuales compañeros de correrías, combatían exclusivamente subidos en sus monturas (por lo general ejemplares castrados). Jinetes y domadores sin parangón<sup>43</sup>, nadie disparaba mejor al galope que un comanche<sup>44</sup>. A diferencia de éste, los pawnees, los crows o los dakotas recurrían sobre todo al équido como medio de transporte: iban al campo de batalla a caballo, se apeaban y luchaban<sup>45</sup>.

Y no sólo exhibían los comanches una habilidad innata para la cría, doma, monta y venta de caballos; también atesoraban una notable pericia en el robo de los mismos. El coronel Dodge destacó que uno de estos indios podía entrar en un campamento en el que hubiese una docena de hombres dormidos, cada uno con su caballo anudado a la muñeca, tajar el lazo apenas a dos metros del durmiente y huir con el bruto sin hacer ruido<sup>46</sup>.

Los comanches pensaron siempre que sus monturas eran una propiedad privada (el nombre que daban al solípedo era *puku* o *puc*, «el caballo personal») y las soberbias manadas reportaban a sus dueños una maravillosa fuente de capital económico, político y social<sup>47</sup>. Los varones que reunían una de tales manadas abultadas podían proporcionar sustento a grandes familias numerosas (*numnabkanis*) y varios esclavos<sup>48</sup>.

---

mos trece mil años, trad. de F. Chueca, 4.<sup>a</sup> ed. corregida y aumentada, Barcelona, Debate, 2006, p. 190.

<sup>42</sup> G. CATLÍN, *Letters and Notes on the Manners, Customs and Conditions of the North American Indians*, vol. II, New York, Wiley and Putnam, 1841, p. 66.

<sup>43</sup> Cfr. A. DE MÉZIÈRES, «Report by de Mézières of the Expedition to Cadadachos, Oct. 29, 1770», en H. E. BOLTON (ed.), *Athanasie de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, vol. 1, Cleveland, Arthur H. Clark Co., 1914, p. 218.

<sup>44</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., pp. 52-53.

<sup>45</sup> Cfr. T. R. FEHRENBACH, *The Comanches: Destruction of a People*, New York, Alfred A. Knopf, 1974, p. 126.

<sup>46</sup> R. I. DODGE, *The Plains of the Great West and Their Inhabitants*, New York, G. P. Putnam's, 1877, pp. 401 y ss.

<sup>47</sup> Véase P. JACQUIN, *Los indios de Norteamérica*, trad. de E. Cazenave-Tapie, 1.<sup>a</sup> ed., México DF, Siglo XXI Editores, 2005, p. 28.

<sup>48</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 375.

Las bandas (llamadas por los españoles «rancherías») comprendían desde una hasta varias docenas de esas familias amplias (*n#m#nahkanis*) y llegaban a albergar desde veinte o treinta miembros a varios centenares. Los matrimonios se concertaban por lo común en el seno de esas rancherías, y los recién casados se instalaban de ordinario en la casa del marido, cerca de sus padres<sup>49</sup>. Excepcionalmente, cuando el comanche tomaba como primera esposa a una chica de otra tribu, se trasladaba al terruño de ésta<sup>50</sup>.

El caballo de los comanches era el *mustang* o mesteño ibérico, un animal ligero y resistente, de escasos catorce palmos menores de alzada, que resultaba idóneo para las llanuras áridas y semiáridas de México y el oeste de América del Norte. Tenía, además, la cara cóncava y el hocico afilado.

Se regalaba al niño comanche un caballo de este tipo a los cuatro o cinco años de edad y el chaval no tardaba en aprender determinadas maniobras, como la recogida de objetos del suelo mientras galopaba. Se comenzaba con cosas livianas y, luego de un intenso entrenamiento, era capaz de levantar, sin ayuda y a pleno galope, a un adulto tumbado en tierra. Las mujeres, que disfrutaban de sus propias monturas, eran diestras amazonas (así como expertas arqueras), y contaban asimismo con mulas y caballos más mansos para tareas de carga. No representaba demasiada dificultad para una hembra de la tribu atrapar, mediante un lazo, un antílope a la carrera de un solo lanzamiento<sup>51</sup>. Debido en parte a estas prácticas ecuestres, que provocaban no pocos abortos en las semanas iniciales del embarazo, la sociedad comanche adolecía de una paupérrima tasa de fertilidad.

Si bien la lengua comanche no sobresale por la vastedad de su vocabulario, lo cierto es que nos impresiona la minuciosidad de su léxico equino. Sólo en lo concerniente al color de la capa de los caballos, poseían términos específicos para el pardo (*maana*), blanco (*ʔʔsa*), negro (*duuk<sup>u</sup>ma*), alazán (*ʔtʔk<sup>u</sup>ma*), azulejo (*epixʔuesi*), simplemente bayo (*ohaieka*) o bayo con crines y cola negras (*dunnia*). Dentro de los pintos, los había con manchas rojas (*ʔkasanaco*), castañas (*ʔdutsanaʔo*) o negras (*ʔuu:-tsanaʔo*). Surgieron

<sup>49</sup> Véase en lo atinente a ello P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., pp. 62 y 387. Como la residencia en los matrimonios celebrados entre comanches de diferentes bandas era habitualmente virilocal (residencia fijada en la ranchería del esposo), los niños solían pertenecer a la banda del padre. Cfr. E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 140. Véase igualmente J. LOMBARD, *Introducción a la etnología*, versión española y adaptación de P. GÓMEZ CRESPO, 1.ª reimp. de la 1.ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 81.

<sup>50</sup> Véase sobre el particular E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 140.

<sup>51</sup> Cfr. J. F. DOBIE, *The mustangs*, Austin, University of Texas Press, 1934, p. 48.

incluso voces para designar a los caballos de orejas rojas (*Ēkanaki*), amarillas (*ohanaki*) y negras (*duunaki*)<sup>52</sup>.

A los seis años se proveía al niño comanche de un arco y unas flechas de juguete y se le enseñaba a disparar. Poco después salía en pandilla a cazar —ya con unas saetas de verdad (aunque sin rejo y con la punta del astil partida en dos)—<sup>53</sup> colibríes y a capturar cigarrones, cuyas patas se comía con los amigos como si fueran golosinas. Al anochecer los chavales escuchaban atónitos las aterradoras historias de Piamempits, la versión comanche de nuestro Coco, un búho<sup>54</sup> antropófago gigante. Esta enorme ave rapaz moraba en una oquedad de las montañas Wichita y devoraba en las horas oscuras a los chicos traviosos<sup>55</sup>.

Los niños andaban desnudos, salvo en los días muy fríos, hasta que tenían nueve años. Cumplida esa edad se ponían mocasines y vestían taparrabos y unos pantalones con los bajos adornados. En los meses gélidos se cubrían con una pesada pelliza hecha con la piel marrón (de hasta medio metro de grosor) de un bisonte abatido a finales de otoño<sup>56</sup>.

Los chavales comanches podían encender sin excesivos apuros un fuego<sup>57</sup>. En un primer momento usaban como combustible los grisáceos cordones rizados del musgo español (*Tillandsia usneoides* H.) o nidos de pájaro, pero posteriormente tendían a frotar un palo de madera dura contra otro más blando recubierto con un trapo impregnado en pólvora<sup>58</sup>. Muy útil para la supervivencia, los niños de la tribu sabían discernir si un insecto<sup>59</sup> —como, por ejemplo, el avispon (*Vespa crabro* L.)— iba o venía de un manantial, arroyo o torrente: cuando los palpos de su aparato bucal estaban vacíos, la criatura se dirigía rauda al agua<sup>60</sup>.

<sup>52</sup> Cfr. E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 46.

<sup>53</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 274.

<sup>54</sup> O una lechuza. En la narración comanche «La anciana de la luna», dicha lechuza gigante se enfrenta, armada con una maza, a varios bisontes. Cfr. E. S. CURTIS, *Las flechas mágicas y otros relatos de los indios cheyenes, comanches, wíchitas...*, trad. de F. Gutiérrez, Palma de Mallorca, J. J. de Olañeta, 1999, pp. 213-216.

<sup>55</sup> Cfr. J. E. P. EXLEY, *Frontier Blood: The Saga of the Parker Family*, College Station, Texas A & M Press, 2001, pp. 199 y ss., y J. JOHNSTON, *Comanche Women*, New York, Dell Publishing Random House, 2002, pp. 101 y 102.

<sup>56</sup> Véase E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 81.

<sup>57</sup> Cfr. E. S. CURTIS, *Las flechas mágicas...*, op. cit., p. 229.

<sup>58</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 275.

<sup>59</sup> U otro animal, como un ave.

<sup>60</sup> Cfr. Ch. GOODNIGHT, *The Making of a Scout*, manuscrito guardado en el archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, situado en Canyon (Texas). Véase también S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 275.

Al aproximarse a la pubertad, el adolescente comanche tenía que superar, como en casi todas las tribus de nativos norteamericanos, un antiguo rito de paso: la famosa «búsqueda de la visión». Se iniciaba con la inmersión del muchacho en un río o rívera, a guisa de baño purificador. A continuación, el joven, ataviado no más que con un taparrabos y unos mocasines, se retiraba a un lugar solitario. Portaba en ese viaje místico una piel de bisonte, una pipa de hueso, tabaco y utensilios para prender una hoguera<sup>61</sup>. Durante su periplo hacia el paraje aislado efectuaba cuatro paradas, en cada una de las cuales fumaba y oraba. Puesto el sol, fumaba de nuevo y rogaba a los espíritus que le otorgasen poder. Buscaba señales en los animales, árboles y rocas que lo circundaban. El chico ayunaba, pero no se infligía ningún tipo de tortura. La ceremonia solía durar cuatro días con sus respectivas noches, mas el joven guerrero no se movía del sitio hasta que no experimentase una visión (la de Quannah Parker, según confesaría él, fue un oso)<sup>62</sup>.

Los *nermernub* no disponían de una religión dominante y unificada, ni de nada semejante a un Dios único<sup>63</sup>. Tampoco concedían —como reconoció el anciano comanche Jim Roble Colorado en una entrevista realizada en la década de 1930—<sup>64</sup> ninguna importancia a la creación. Vivían en un mundo animista lleno de magia y tabúes, donde los espíritus se hallaban doquiera se mirase: en las piedras, en los árboles, en los manantiales, en los animales (algunos comanches adoraban, verbigracia, a cuervos amaestrados o a pieles de ciervo). El fundamento de su peculiar credo heliocentrista residía, en esencia, en el descubrimiento de la manera de controlar y aprovechar los poderes de dichos espíritus. Conseguido eso, tales poderes se transformaban en *puba* o «magia». No existía para los comanches el bien o el mal absolutos, sino actos y consecuencias; es decir, perjuicios o daños y sanciones o castigos. Se aplicaban, pues, unos códigos de conducta, como el que precisaba que un hombre no podía robarle la mujer a otro sin pagar una multa (consistente en la entrega de entre uno y diez caballos)<sup>65</sup>.

Los comanches profesaban un sincero amor a sus familias, en especial a sus hijos varones, y pasaban, indolentes, las ventosas y glaciales temporadas invernales envueltos en gruesas pieles de búfalo, arrimados a las oloro-

<sup>61</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., p. 275.

<sup>62</sup> De adulto su hechizo era un oso, lo que significaba que el oso era el origen de su poder, de su *puba*. Cfr. *ibid.*, p. 275.

<sup>63</sup> Cfr. *ibid.*, p. 71, y E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 155.

<sup>64</sup> Véase E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 194.

<sup>65</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., pp. 71 y 79.

las fogatas de mezquite, en el interior de sus tipis. Les encantaba la buena conversación y el baile y el canto. Los hombres comanches gozaban de bastante libertad, toda vez que no se encontraban sometidos a ninguna iglesia, casta sacerdotal, estado, policía, clanes dominantes, ni nada había que les impidiera dejar su banda e integrarse en otra. En contraste, las mujeres de su etnia eran ciudadanas de segunda categoría<sup>66</sup>, quienes desempeñaban las labores más ingratas, como el cuidado del ganado, el desuello y descuartizamiento de reses, el secado de la carne, el empaquetamiento de los enseres, la confección de ropa o la reparación de los tipis, sin olvidar que debían atender a los niños y ocuparse de las cuestiones familiares.

Los comanches, magníficos mercaderes, edificaron un gran imperio comercial basado en el bisonte y sus derivados. Las pieles y la ropa de cuero, cuyo precio se incrementaba con el tiempo, se permutaban por productos manufacturados. Como el curtido de esas pieles y la decoración de tales ropas eran quehaceres del sexo femenino, los *nermernub* pronto dedujeron que cuantas más mujeres tuviesen, mayor sería su producción de cuero y vestidos, lo que aumentaría, en suma, el número de objetos manufacturados que obtendrían mediante trueque<sup>67</sup>. Este elemental razonamiento condujo, a principios del siglo XVIII, a una generalización de la poliginia, el régimen familiar en el que el varón tiene varias esposas simultáneamente<sup>68</sup>. En ese sentido, Pedro Bautista Pino certificaba en 1812 que los *nermernub* distinguidos solían tener nada menos que siete mujeres<sup>69</sup>. Ocho años después, Juan Antonio Padilla relataba que algunos comanches disfrutaban de hasta ocho esposas<sup>70</sup>. Más adelante, Josiah Gregg señaló que, en las décadas de 1830 y 1840, los prebostes de la tribu podían casarse entre ocho y diez veces<sup>71</sup>.

<sup>66</sup> Se violaba un tabú cuando una mujer paseaba por delante del tipi de los hombres. Una mujer tampoco podía asistir a los consejos tribales. Véase *ibid.*, pp. 67 y 152.

<sup>67</sup> Cfr. D. LA VERE, *Contrary Neighbors, The Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000, p. 122.

<sup>68</sup> Véase P. HAMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, *op. cit.*, p. 357, y G. BETTY, *Comanche Society: Before the Reservation*, College Station, Texas A & M University Press, 2002, p. 137.

<sup>69</sup> Cfr. H. B. CARROLL y J. VILLASANA HAGGARD, *Three New Mexico Chronicles: The Exposition of Don Pedro Bautista Pino 1812; The Ojeada of Lic. Antonio Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849*, Albuquerque, Quivira Society, 1942, p. 130.

<sup>70</sup> Véase J. A. PADILLA, «Texas in 1820. Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819», *Southwestern Historical Quarterly*, núm. 23 (1919), p. 54.

<sup>71</sup> Cfr. J. GREGG, en M. L. MOORHEAD (ed.), *Commerce of the Prairies*, Norman, University of Oklahoma Press, 1954, pp. 433-434.

Buen ejemplo de lo recién expuesto es el caso del célebre caudillo *quahadi* Kwhnai («Águila»), alias Quanah Parker (circa 1848-1911), el primer y único hombre de la historia que ostentó el título de líder supremo de los comanches<sup>72</sup>, hijo del acaudalado jefe Peta Nocona<sup>73</sup> («El que viaja solo y retorna») y de la cautiva blanca anglotexana Cynthia Ann Parker (apodada Nautdah, «Alguien encontrado»<sup>74</sup>, que fue raptada en 1836, con nueve años, por unos comanches en el fuerte Parker, ciento cuarenta kilómetros al sur de la actual Dallas) y hermano mayor de Peanuts («Cacahuetes») y Toh-tsee-ah («Flor de la Pradera»).

El significado del mote Quanah no queda claro. Según Baldwin Parker<sup>75</sup>, este sobrenombre procedía de la voz comanche *kwaina* (que quiere decir «fragante»)<sup>76</sup>. De acuerdo con otra tesis, el término *quanah* proveniría de la raíz shoshone *kwanaru*, traducida como «hediondo»<sup>77</sup>.

La primera esposa del carismático Quanah fue una apache mescaletero de la que poco se sabe. Su segundo matrimonio lo celebraría el *quahadi* con Weckeah al despuntar la década de 1870, una comanche a la que conocía desde la infancia. Habían crecido juntos y ella estaba perdidamente enamorada de él, por lo que cosía, a modo de adorno, abalorios en los mocasines y la aljaba del joven guerrero<sup>78</sup>. Los muchachos anhelaban casarse, pero el padre de la chica, Oso Viejo, se oponía al enlace por dos motivos: por un lado, la sangre blanca que corría por las venas de Quanah; por otro, la orfandad<sup>79</sup> y pobreza del pretendiente, que no ocupaba por entonces una posición de prestigio en la tribu<sup>80</sup>. Para complicar aún más el

<sup>72</sup> Véase F. MONGE, «Movimientos mesiánicos e identidad indígena en Estados Unidos y Nueva Zelanda», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XV (1985), p. 276.

<sup>73</sup> Peta Nocona era un hombre fornido de piel oscura y estuvo casado, además de con Cynthia, con una comanche de pura cepa. Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, pp. 213-214.

<sup>74</sup> Cfr. B. NEELEY, *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, New York, John Wiley and Sons, 1995, p. 52. Con posterioridad, Cynthia Ann adoptó otro apelativo: «Preloch». Los indios solían tener varios nombres.

<sup>75</sup> Hijo de Quanah Parker. Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, p. 167.

<sup>76</sup> Cfr. C. B. PARKER, *The Life of Quanah Parker: Comanche Chief*, a través de J. Evetts Haley, 29 de agosto de 1930, texto inédito propiedad del Centro de Historia Estadounidense, Austin, Universidad de Texas, p. 9.

<sup>77</sup> Véase J. E. P. EXLEY, *Frontier Blood...*, *op. cit.*, p. 291, nota al pie.

<sup>78</sup> Quanah se convirtió en guerrero en 1863. Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, pp. 283 y 287.

<sup>79</sup> Peta Nocona había fallecido antes, probablemente en 1850, durante la batalla del río Pease.

<sup>80</sup> Véase E. E. WHITE, *Experiences of a Special Indian Agent*, Norman, University of Oklahoma Press, 1965, pp. 276 y ss.

deseado casamiento, Weckeah también era cortejada por Tannap, hijo de Eckitoacup, un rico jefe, poseedor de mil caballos, quien ofrecía diez de estos cuadrúpedos a cambio de la mano de la zagala. Quanah, desolado, comprobó que sólo podía ofrecer una montura a su futuro suegro.

Así las cosas, Weckeah pidió a Quanah que intentase igualar la oferta del padre de Tannap. Quanah imploró la ayuda de sus amigos, logró reunir los diez caballos necesarios y los llevó con celeridad al tipi de Oso Viejo. El esfuerzo fue en vano, pues Eckitoacup se había enterado del plan de Quanah y había doblado su oferta inicial.

Sin embargo, Quanah, en lugar de renunciar a su amada, se fugó con ella, haciéndose acompañar en la huida por veintiún guerreros. Era este raptó una solución habitual en la cultura comanche cuando el novio, ayuno de recursos económicos, se revelaba incapaz de aprontar los caballos u otros artículos de valor suficientes para contentar al padre de la chica. En tal situación, a los parientes (o allegados) del novio fugado les cabía reparar la afrenta sufrida por el progenitor de la muchacha, entregándole al mismo los caballos que fuera menester. Como Quanah carecía de dichos parientes fue perseguido por un furioso Eckitoacup y su ejército, ávidos de venganza. Al final, una negociación evitó el combate entre los dos grupos de indios: Eckitoacup se conformó con una compensación de diecinueve caballos, que recompondrían *ipso facto* su honor maltrecho<sup>81</sup>.

Quanah contrajo a lo largo de su vida un total de ocho matrimonios con féminas —sin excepción— de belleza insuperable. Le dieron, en conjunto, veinticuatro hijos, cinco de los cuales murieron a temprana edad. No tuvo, en cambio, descendencia con su esposa principal, que se llamaba To-nar-cy<sup>82</sup>.

La mentada expansión de la poliginia, reflejo de un sistema patriarcal, hizo que los comanches comenzaran a contemplar a sus consortes no tanto como compañeras, sino más bien como eficaces trabajadoras. Las esposas secundarias (o adicionales) eran las responsables de las tareas domésticas, cual el adobo de las pieles o el cuidado de las monturas en invierno, y realizaban su función bajo la estricta supervisión de la primera mujer, la matrona de la casa<sup>83</sup>. En un tono algo sombrío, Berlandier resalta que el matrimonio entre los *nermernuh* era una adquisición hecha por el varón y no un contrato entre dos seres humanos en pie de igualdad. Un hombre coman-

<sup>81</sup> Cfr. S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, *op. cit.*, p. 285.

<sup>82</sup> Otra de las esposas era To-pay, con quien Quanah tuvo dos hijos. Cfr. *ibid.*, pp. 416, 436 y 437.

<sup>83</sup> Véase P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, *op. cit.*, p. 358.

che sólo se casaba —asegura—<sup>84</sup> impulsado por el ánimo de engrosar la lista de sus sirvientas. Los comanches empleaban asimismo el peyorativo sintagma «esposas de faena» para designar a las prisioneras que se incorporaban a viviendas poligínicas en calidad de trabajadoras y cónyuges<sup>85</sup>.

En opinión de Burnet, esa explotación de la mano de obra femenina dio paso inexorablemente a una degradación social general. Por ello, las hembras comanches prestan menos atención a su acicalamiento que los hombres y, con el deterioro de su condición personal, conservan poca autoestima. Son mujeres no muy aseadas, cubiertas de mugre<sup>86</sup> e infestadas de bichos. Falta de higiene que no extraña, porque los *nermernub* tenían merecida fama, incluso entre los indios, de sucios. Era su costumbre quitarse los piojos unos a otros y aplastarlos con los dientes<sup>87</sup>.

El novio comanche debía agasajar al futuro suegro con presentes. Aunque la mayoría de los hombres podía satisfacer la dote requerida (uno o dos caballos de primera categoría), sólo aquellos de boyante economía se hallaban en disposición de pagar varias veces ese precio y así acumular mano de obra de esposas adicionales. Los orgullosos propietarios de los mejores équidos invertían sus pertenencias en la adquisición de mujeres (y esclavos) que se encargarían de preparar las pieles, carne y demás mercancías, lo que les habría de permitir dominar el pujante comercio de exportaciones e importaciones<sup>88</sup>.

En el arranque del siglo XIX muchos matrimonios comanches los concertaba el padre o el hermano de la novia, quien con frecuencia no podía rechazar el marido elegido para ella. Y cuanto más crecía la referida demanda de mano de obra femenina, antes se casaban las jóvenes (en algunas ocasiones sin haber alcanzado la pubertad, todavía adolescentes).

<sup>84</sup> J. L. BERLANDIER, en J. C. EWERS (ed.), *The Indians of Texas in 1830*, Washington DC, Smithsonian Institution, 1969, p. 118.

<sup>85</sup> Gran cantidad de las esposas adicionales de los hogares poligínicos comanches de inicios del siglo XIX eran antiguas esclavas. Se las consideraba comanches puras, ya fuesen de origen indio o euroamericano. Véase J. GREGG, *Commerce of the Prairies*, op. cit., p. 436, y P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., pp. 368 y 370.

<sup>86</sup> Cfr. Carta de Burnet a Shoolcraft, de 29 de septiembre de 1847, en D. H. WINFREY y J. M. DAY (eds.), *The Indian Papers of Texas and the Southwest, 1825-1916*, vol. 3, Austin, Pemberton, 1966, p. 91.

<sup>87</sup> Véase S. C. GWYNNE, *El imperio de la luna de agosto...*, op. cit., pp. 80-81, y E. S. CURTIS, *Las flechas mágicas...*, op. cit., pp. 215 y 234.

<sup>88</sup> Cfr. J. L. BERLANDIER, *The Indians of Texas in 1830*, op. cit., p. 118; J. F. BROOKS, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship and Community in Southwest Borderlands*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002, pp. 177-178, y P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 375.

Diversamente, los hombres no solían abandonar la soltería hasta que frisaban los treinta años<sup>89</sup>.

Resultaba normal —nos recuerdan los etnógrafos Wallace y Hoebel—<sup>90</sup> que un hombre comanche se uniera, llegado el caso, en segundas o ulteriores nupcias con la hermana o hermanas más jóvenes de la primera mujer, en una evidente muestra de poliginia sororal. A ello se añade, desde otra óptica, la circunstancia de que bastantes progenitores comanches buscaban casar a varias de sus hijas con el mismo varón como medio de presionar al yerno para que las dispensase buen trato<sup>91</sup>. Amén de eso, si compartían dos o más hermanas un mismo consorte, se darían entre ellas un fraterno apoyo emocional<sup>92</sup>.

Los jóvenes comanches sin caballos (o con monturas de ínfimo nivel) se veían condenados a permanecer solteros. Si la explosión de la poliginia hacía disminuir el catálogo de las esposas potenciales, aquéllos, desprovistos de brutos, no podrían desembolsar la dote. Excluidos, por ende, del matrimonio, tales jóvenes tenían vedado su acceso al reconocimiento social pleno. Para los comanches la boda era tanto un símbolo del honor varonil como un instrumento para lograrlo. Los célibes (o *tuibihitsi?s*) quedaban al margen del círculo de respeto. Los españoles los tachaban de «gandules», merced a que habitaban en bandas íntegramente masculinas, dormían en refugios provisionales, sobrevivían gracias a pequeños animales y fungían como cazadores y asaltantes para veteranos hacendados. Un sinfín de mozos comanches estaba más de una década en ese espacio social intermedio, dejándose el pellejo en el titánico empeño de juntar los ansiados caballos que se precisaban para casarse y mantener una familia<sup>93</sup>.

Practicaban los comanches, por lo demás, una especie de poliandria dulcificada. Se la podría también calificar como un «levirato anticipado»<sup>94</sup>, y consistía en que los hermanos se prestaban entre sí, de cuando en cuando, las esposas. Se admitía igualmente que la mujer del guerrero que marchaba a la batalla yaciera con el hermano del ausente. Y si todos los hermanos se enfrascaban en la lucha, se enviaba a las pacientes esposas con las hermanas de los maridos<sup>95</sup>.

<sup>89</sup> Véase P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., pp. 359 y 379-380.

<sup>90</sup> E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 138.

<sup>91</sup> *Ibid.*

<sup>92</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 359.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 379.

<sup>94</sup> Véase E. WALLACE y E. A. HOEBEL, *The comanches...*, op. cit., p. 138.

<sup>95</sup> *Ibid.*

Los comanches habían ideado un ritual estándar para la resolución de los conflictos relacionados con el adulterio, las laceraciones y el robo de caballos. La criatura agraviada no podía apelar a la violencia, porque ello menoscabaría su prestigio. Quizá le cupiese al marido burlado castigar a la esposa adúltera mutilándola o ejecutándola sin sentir remordimiento, pero se esperaba (y es lo que sucedía en la mayor parte de los supuestos) que fuera tras los infractores y exigiera *nan#wok#*, una compensación material que se abonaba en caballos, mulas o armas de fuego<sup>96</sup>.

En una comunidad de corte espartano como la comanche, la carrera militar se convertía en un eficaz mecanismo de ascenso en la escala social. Los jóvenes que descollaban en las refriegas, disputas o escaramuzas (*tekw#niwapis* o valientes) recibían el fervoroso aplauso de sus congéneres, a la par que obtenían, como botín de guerra, caballos y esclavos<sup>97</sup>. En lo tocante a este asunto, el capitán Marcy testimonió que la reputación de un chico que no hubiera intervenido en una o más de las incursiones comanches en México no era demasiado alta<sup>98</sup>.

Las proezas militares del joven le hacían progresar, pues, en la belicosa sociedad comanche<sup>99</sup>, ya que ponían de relieve su potencial valía como esposo y mantenedor. Tales hazañas le podían servir incluso de trampolín<sup>100</sup> hacia el matrimonio. Como anota al respecto Cabello y Robles, los padres, a veces, entregaban una de sus hijas a un esforzado guerrero, en apariencia sin solicitar dote<sup>101</sup>. En parecidos términos, Ruiz agrega que los ancianos de la tribu recomendaban a las mujeres que se casaran no más que con quienes fuesen audaces en la batalla, descartando a los pretendientes cobardes o pusilánimes<sup>102</sup>.

<sup>96</sup> Véase P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 382. Cfr. también J. L. BERLANDIER, *The Indians of Texas in 1830*, op. cit., p. 118, y L. W. ROBINSON y J. ARMAGOST, *Comanche Dictionary and Grammar*, Arlington, University of Texas, 1990, p. 56.

<sup>97</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 383.

<sup>98</sup> R. B. MARCY, en G. FOREMAN (ed.), *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1937, p. 159.

<sup>99</sup> Cfr. A. JIMÉNEZ NÚÑEZ, «El cambio en poblaciones rurales hispanas. Los hispanos de Nuevo México», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. IV (1969), p. 290.

<sup>100</sup> O atajo. Véase P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, op. cit., p. 383.

<sup>101</sup> D. CABELLO y ROBLES, «Respuestas ofrecidas por el gobernador de la provincia de Texas a las preguntas planteadas por el comandante general de las [Provincias] Internas en carta oficial del 27 de enero acerca de las diferentes situaciones de los comanches orientales, 30 de abril de 1786», *BA (Archivos de Béxar, Colección de Manuscritos Generales, 1717-1836*, Universidad de Texas en Austin, copia microfilmada, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Alburquerque), 17, p. 418.

<sup>102</sup> J. F. RUIZ, *Report on Indian Tribes of Texas...*, op. cit., pp. 10-11.

Floreció entre los comanches un cuerpo de élite («los Lobos»), que estaba formado por los más fieros combatientes. Sus bizarros componentes afrontaban de buen grado riesgos extremos en las lides<sup>103</sup> y no podían escapar de la pelea aunque se vieran superados en número por el rival. Vestían un uniforme de gala con profusión de adornos, entre los que destacaban unos singulares cinturones de piel de lobo que llegaban al suelo<sup>104</sup>. Cuando regresaban triunfantes de las campañas, empezaban bailes improvisados a los que sólo se convidaba a las solteras, quienes habían de obedecer todos los deseos de los victoriosos jóvenes<sup>105</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, G. C., *The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.
- BERLANDIER, J. L., en J. C. EWERS (ed.), *The Indians of Texas in 1830*, Washington DC, Smithsonian Institution, 1969.
- BETTY, G., *Comanche Society: Before the Reservation*, College Station, Texas A & M University Press, 2002.
- BINNEMA, T., *Common and Contested Ground: a Human and Environmental History of the Northwestern Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 2001.
- BOLTON, H. E., *Athabase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, Cleveland, Arthur H. Clark Co., 1914.
- BROOKS, J. F., *Captives and Cousins: Slavery, Kinship and Community in Southwest Borderlands*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002.
- CABELLO Y ROBLES, D., «Respuestas ofrecidas por el gobernador de la provincia de Texas a las preguntas planteadas por el comandante general de las [Provincias] Internas en carta oficial del 27 de enero acerca de las diferentes situaciones de los comanches orientales, 30 de abril de 1786», *BA (Archivos de Béxar, Colección de Manuscritos Generales, 1717-1836*, Universidad de Texas en Austin, copia microfilmada, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Alburquerque), 17, p. 418.
- CARROLL, H. B., y VILLASANA HAGGARD, J., *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; The Ojeada of Lic. Antonio Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849*, Alburquerque, Quivira Society, 1942.

<sup>103</sup> Cfr. P. HÄMÄLÄINEN, *El imperio comanche*, *op. cit.*, p. 384.

<sup>104</sup> Véase J. F. RUIZ, *Report on Indian Tribes of Texas...*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>105</sup> Cfr. J. L. BERLANDIER, *The Indians of Texas in 1830...*, *op. cit.*, p. 71.

- CATLIN, G., *Letters and Notes on the Manners, Customs and Conditions of the North American Indians*, New York, Wiley and Putnam, 1841.
- CLARK, P. R., *Tribal Names of the Americas. Spelling Variants and Alternative Forms, Cross-Referenced*, Jefferson, McFarland & Company, 2009.
- CURTIS, E. S., *Las flechas mágicas y otros relatos de los indios cheyenes, comanches, wichitas...*, trad. de F. Gutiérrez, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 1999.
- DIAMOND, J., *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, trad. de F. Chueca, 4.<sup>a</sup> ed. corregida y aumentada, Barcelona, Debate, 2006.
- DOBIE, J. F., *The Mustangs*, Austin, University of Texas Press, 1934.
- DODGE, R. I., *Our Wild Indians: Thirty-three Years' Personal Experience among the Red Men of The Great West*, Hartford, A. D. Worthington and Company, 1883.
- *The Plains of the Great West and Their Inhabitants*, New York, G. P. Putnam's, 1877.
- DOVAL, G., *Breve historia de los indios norteamericanos*, Madrid, Nowtilus, 2009.
- EXLEY, J. E. P., *Frontier Blood: The Saga of the Parker Family*, College Station, Texas A & M University Press, 2001.
- FARNHAM, T. J., *Travels in the Great Western Prairies: the Anahuac and Rocky Mountains and in the Oregon Territory*, vol. I, London, Richard Bentley, 1843.
- FEHRENBACH, T. R., *The Comanches: Destruction of a People*, New York, Alfred A. Knopf, 1974.
- FLAGLER, E. K., «Comercio y ferias de trueque: España y los indios de Nuevo México», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 37, núm. 1 (2007), pp. 51-65.
- FRAZIER, I., *Great Plains*, New York, Picador USA, 2001.
- GOODNIGHT, Ch., *The Making of a Scout*, manuscrito guardado en el archivo del Museo Histórico de la Franja Septentrional y las Llanuras, situado en Canyon (Texas).
- GREGG, J., en M. L. MOORHEAD (ed.), *Commerce of the Prairies*, Norman, University of Oklahoma Press, 1954.
- GWYNNE, S. C., *El imperio de la luna de agosto. Auge y caída de los comanches*, trad. de V. V. Úbeda, 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, Turner, 2011.
- HALEY, J. E., *Charles Goodnight: Cowman and Plainsman*, Norman, University of Oklahoma Press, 1936.
- HÄMÄLÄINEN, P., *El imperio comanche*, trad. de R. García Pérez, 1.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Península, 2013.
- HAMNETT, B., *Historia de México*, trad. de C. Martínez Gimeno, 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, Cambridge University Press, 2001.
- HOWARD, O. O., *Famosos jefes indios que he conocido*, trad. de A. Jordá, Madrid, Hiperión, 1997.
- JACQUIN, P., *Los Indios de Norteamérica*, trad. de E. Cazenave-Tapie, 1.<sup>a</sup> ed., México DF, Siglo XXI Editores, 2005.

- JIMÉNEZ NÚÑEZ, A., «El cambio en poblaciones rurales hispanas. Los hispanos de Nuevo México», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. IV (1969), pp. 285-306.
- JOHNSTON, J., *Comanche Women*, New York, Dell Publishing Random House, 2002.
- KAVANAGH, Th. W., *The Comanches: A History, 1706-1875*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1996.
- KEHOE, A. B., *America before European Invasions*, London, Longman, 2002.
- LA VERE, D., *Contrary Neighbors, The Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.
- LOMBARD, J., *Introducción a la etnología*, versión española y adaptación de P. GÓMEZ CRESPO, 1.<sup>a</sup> reimp. de la 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F., *Historia general de las Indias*, Barcelona, Red, 2012.
- MANN, Ch. C., 1491. *Una nueva historia de las Américas antes de Colón*, trad. de M. Martínez-Lage y F. Corriente, Madrid, Taurus, 2006.
- MARCY, R. B., en G. FOREMAN (ed.), *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1937.
- MARSHALL, D., *A Cry Unheard: The Story of Indian Attacks in and around Parker County, Texas, 1858-1872*, Texas, Annetta Valley Farm Press, 1990.
- MARTÍN MUÑOZ, J. P., «“Las vacas jorobadas” (el bisonte y su cultura en las fronteras españolas de Norteamérica)», *Huelva en su Historia*, segunda época, vol. 11 (2004), pp. 107-138.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, F., y CANALES TORRES, C., *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, Madrid, Edaf, 2009.
- MAURA, J. F., *El gran burlador de América: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Publicaciones de Parnaseo, 2011.
- MONGE, F., «Movimientos mesiánicos e identidad indígena en Estados Unidos y Nueva Zelanda», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XV (1985), pp. 261-281.
- NEELEY, B., *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, New York, John Wiley and Sons, 1995.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Á., *Naufragios*, Madrid, Ediciones SM, 2000.
- NYE, W. S., *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969.
- OPLER, M. K., «The origins of Comanche and Ute», *American Anthropologist*, núm. 45 (1943), pp. 155-158.
- PADILLA, J. A., «Texas in 1820. Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819», *Southwestern Historical Quarterly*, núm. 23 (1919), pp. 47-60.

- PARKER, C. B., *The Life of Quanah Parker: Comanche Chief*, a través de J. EVETTS HALEY, 29 de agosto de 1930, texto inédito propiedad del Centro de Historia Estadounidense, Austin, Universidad de Texas.
- RHODE, D., y MADSEN, D. B., «Where Are We?», en D. B. MADSEN y D. RHODE (eds.), *Across the West: Human Population Movement and the Expansion of the Numa*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1994, pp. 213-222.
- RICHARDSON, R. N., *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Austin, Eakin Press, 1996.
- ROBINSON, L. W., y ARMAGOST, J., *Comanche Dictionary and Grammar*, Arlington, University of Texas at Arlington, 1990.
- ROLLINGS, W. H., *The Comanche (Indians of North America)*, New York, Chelsea House Publishers, 2009.
- RUIZ, J. F., en J. C. EWERS (ed.), *Report on Indian Tribes of Texas in 1828*, New Haven, Yale University Press, 1972.
- SMITH, C., *The Boy Captives; Being the True Story of the Experiences and Hardships of Clinton L. and Jeff D. Smith*, San Antonio, Cenveo, 2005.
- THOMAS, A. B., *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727*, Norman, University of Oklahoma Press, 1935.
- WALLACE, E., y HOEBEL, E. A., *The comanches: Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1952.
- WHITE, E. E., *Experiences of a Special Indian Agent*, Norman, University of Oklahoma Press, 1965.
- WINFREY, D. H., y DAY, J. M. (eds.), *The Indian Papers of Texas and the Southwest, 1825-1916*, 5 vols., Austin, Pemberton, 1966.
- ZIMMERMAN, L. J., *Los indios americanos. Las primeras naciones. Vida y mitología de los indios norteamericanos*, trad. de C. de la Cerda Caraballo, Madrid, Jaguar, 2013.